

## DIARIO DE MÁSCARA

23 de abril de 2023.

¿Os imagináis un pájaro con ornitofobia? Es decir, un pájaro con miedo a los pájaros.

¿En qué consistiría su existencia? Porque no podría acudir a los lugares habituales de aprovisionamiento, ya que estos se encontrarían atestados de semejantes a los que, por un cruel giro de su fenotipo, mostraría aprensión. Se vería obligado a variar todos los parámetros de su conducta para poder sobrevivir, dado que sus congéneres, lo quisieran o no, no mutarían un ápice su comportamiento. Me puedo imaginar a un tímido gorrión buscando miguitas donde no pareciese plausible encontrarlas, y a varios afines siguiéndole el rastro, suponiendo que el primero rastrea con acierto y persiguiendo así una inexistente recompensa mientras incomodan y perturban con su presencia al desdichado explorador. Me imagino una apocada paloma, una habitante más del parque, agobiada por el tumulto que el resto de sus compañeras forman alrededor de benjamines bípedos implumes que se acercan a ellas ofrendando deliciosos granos de maíz. Coartada por tal barahúnda, aislándose del escándalo e intentando trovar algo de sustento en latitudes diferentes del jardín urbano. E imagino a un retraído tordo observando con pena y rabia la danza coral de su bandada, contemplando como los ciento cincuenta miembros de su cáfila acarician el aire, sintiendo la libertad en todo su esplendor, en comunión con ellos mismos y en plena conexión con la madre naturaleza, mientras el turbado componente, que también ansiaría experimentar toda esa avalancha de sensaciones, se margina por miedo al resto de sus iguales. Me puedo imaginar lo triste que sería la vida de ese gorrión, lo ardua que resultaría la existencia de esa paloma, la impotencia que padecería ese tordo en todas y cada una de las ocasiones en las que fuese testigo del

milagro aéreo que sus congéneres logran ejecutar por la mera carencia de pavor hacia sus análogos.

Me puedo imaginar todo eso porque yo también lo siento. Siento la tristeza de ese gorrión, siento las dificultades de esa paloma, siento la más preclara y pura impotencia del indefenso tordo, cuyos ojos dan fe de cómo sus semejantes pueden entregarse al frenesí mientras él desfallece ante el mero pensamiento de compartir el vuelo con otra ave.

Puedo sentirlo porque vivo rodeada de personas.

Puedo sentirlo porque tengo miedo a las personas.

No sé muy bien cómo sobrevivo, la verdad. Quizá sería más correcto decir que no recuerdo de qué manera conseguí crear una pequeña cuadrilla de seres humanos alrededor con los cuales puedo mantener contacto sin sentirme demasiado incómoda; de hecho, ni siquiera entiendo de qué inescrutable forma alcancé a establecer vínculos con nadie. Solo sé que los demás me dan miedo. No un miedo como para salir corriendo, aunque esa nunca se me ha antojado una reacción descartable. Es un constante estado de alarma y desasosiego, es un crescendo de ansiedad, es una avalancha de pánico... es mi cita diaria con la vida.

Sobrevivo gracias a mi máscara: como si fuese el eslogan de un manido anuncio, nunca salgo de casa sin ella. La necesito tanto como respirar, y, al igual que dicho acto reflejo, se manifiesta de manera automática. No me confiere invisibilidad, ni confianza, ni determinación, sino más bien un halo de antipatía, una patente hostilidad reflejada tanto en mi semblante como en mi actitud. Su inexorable consecuencia es el rechazo de todo aquel que osa arrimarse a mi vera. No concede oportunidad para una charla casual, mucho menos para una trascendental, y se evidencia del todo inmune al flirteo. Mi máscara de persona hostil me defiende de quienes me dan miedo, lo cual, con honrosas excepciones, incluye la práctica totalidad de la población mundial.

No me protege de sus opiniones, claro. No me resguarda de su menosprecio real cuando sienten mi menosprecio fingido, y ya he dado por hecho que nunca será la última vez que escuche a un supuesto galán mascullar entre dientes un hiriente vilipendio en cuanto mi máscara despacha su atisbo de cortejo sin miramientos. Por mucho que pueda yo juzgar como atractivo al mentado pretendiente, dicho sea de paso. El desprecio que produzco, aun a sabiendas, cala en mi ánimo, me aturde, me entristece, me hunde... aunque dicha magnitud no sea comparable al terror que me provoca la expectativa de ese contacto humano. Así pues, es un desdén que me gano a pulso. Es tanto mi objetivo como mi sentencia.

Mi máscara es mi héroe y mi villano, todo a la vez.

O quizá sea yo la villana de mi máscara, condenándola a recaudar desplantes tan solo para proteger a la indefensa damisela que me siento. Soy mi propio cliché machista. Soy mi propia condena. Soy mi propia maldición.

Soy el tordo que llora porque no se permite volar.

Buenas noches, máscara. Nos vemos mañana.

Nos veremos siempre.

**Adrián E. Belmonte García**